

dor «profundamente moral»; reconoció France con lealtad la injusticia de sus reproches.

«Ese realista sincero—dijo—era un ardiente idealista. Su obra por la grandeza sólo es comparable a la de Tolstoi. Ambos con su lira han levantado dos vastas ciudades ideales en las extremidades del pensamiento europeo. Son dos ciudades generosas y pacíficas. Pero la de Tolstoi es la ciudad de la resignación; la de Zola, la ciudad del trabajo».

El discurso sobre Renán es el digno homenaje que tan admirable discípulo podía rendir al admirable maestro. La respuesta de Pallas Atenea a la *Plegaria sobre la Acropolis*, es un himno magnífico a la Sabiduría y a la Razón, las cuales una vez más serán los arquitectos de la ciudad futura.

Son proféticos en este libro los discursos pronunciados a raíz de la primera revolución rusa de 1905.

¿Es posible no recordar en estas horas de ansiedad e incertidumbre, frases como la siguiente?: «Los días del zarismo están contados. El zar y su imperio acaso caigan mañana. El gobierno popular que le reemplace, no negará las deudas de Rusia, no repudiará los compromisos anteriores al día del crimen; pero no renovará los empréstitos contratados después del 22 de Enero de 1905». O como ésta: «En las orillas del Neva, del Vístula y del Volga se decide en los actuales momentos la suerte de la nueva Europa y de la humanidad futura. ¡Singular mudanza de nociones e ideas! Nuestros padres de 1789 enseñaron a Europa la revolución burguesa, y